

LIAN TANNER

LOS TRUHANES



HÉROES POR ACCIDENTE

De la autora del *best seller* «El museo de los ladrones»

LIAN TANNER

LOS
TRUHANES

HÉROES POR ACCIDENTE

Traducción de Jaime Valero Martínez

ANAYA

Título original: *The Rogues Trilogy. Accidental Heroes (Book 1)*

1.ª edición: enero de 2019

© Del texto: Lian Tanner, 2017
Publicado por primera vez en Australia por Allen & Unwin, 2017
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2019
© Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Joanna Hunt
Ilustración de cubierta de Sher Rill Ng

ISBN: 978-84-698-4870-8
Depósito legal: M-34001-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE



1.	Basta de argucias	11
2.	El finiquitador cadete	16
3.	Nuestro viejo enemigo	22
4.	Uñas y dientes	28
5.	Un obsequio indeseado	34
6.	La guardia nacional	45
7.	Lord Pompis	54
8.	Deshonra	61
9.	Mal fario	67
10.	Una carta dirigida a casa	75
11.	¿Tienen trato con espías o asesinos?	78
12.	La fortaleza	83
13.	La marquesa	90
14.	¿Sabes manejar una espada?	94
15.	Un susurro apenas perceptible	100
16.	Una oportunidad	106
17.	Observación y vigilancia	112
18.	Cada cual ve las cosas de una manera	121
19.	Dientes de hierro	131
20.	Atrapar a una bestia	140
21.	El Raashk	142
22.	Ahí viene el heredero	150

23.	Inadvertida	158
24.	El consejero Triggs	165
25.	No es asunto nuestro	171
26.	¿En quién podemos confiar?	179
27.	La cacería	183
28.	Solo un tonto se lo tomaría en serio	191
29.	¿Qué hiciste?	202
30.	Un muchacho capaz de atravesar paredes	210
31.	Una conversación furtiva	219
32.	El lugar más seguro	228
33.	Otte esconde secretos	234
34.	Una óptica diferente	242
35.	Cuando el peligro acecha	244
36.	Un acuerdo	253
37.	Comprendí que era malvado	257
38.	Un talento asombroso	262
39.	¿Dónde está mi bastón?	265
40.	Cosas malas	271
41.	Dos niños	275
42.	Rosa hedionda	277
43.	El juicio	285
44.	El vergessen	298
45.	Que sus almas descansen en paz	305
46.	La altura equivalente a cinco hombres	313
47.	Si quieres sobrevivir	323
48.	Si los demás nos alejamos sigilosamente	331
49.	El cepo	340
50.	Lobos	353
	Mientras, a muchos kilómetros hacia el sur... ..	363
	Agradecimientos	365

*Para Dali y Erie,
lectoras y aventureras del mañana*

1

BASTA DE ARGUCIAS



El abuelo de Ánade tenía la sonrisa más dulce que se pueda imaginar. Le hacía parecer la clase de persona capaz de rescatar a un gatito de un sumidero o de cuidar de un gorrión herido hasta que se recuperase. Le hacía parecer una persona bondadosa, amable y de fiar.

Pero Ánade sabía cómo era en realidad. Esa sonrisa auguraba problemas..., y justo cuando ella pensaba que ya los habían dejado atrás.

Así que, en lugar de devolverle la sonrisa, le preguntó:
—¿Qué quieres?

El abuelo torció el gesto.

—Sería mucho más agradable por tu parte, querida, si me dijeras: «¿Puedo ayudarte en algo, abuelo? ¿Necesitas que te haga algún recado? Cuenta conmigo, abuelo».

—¿Qué quieres? —repitió Ánade.

El hombre que se hacía llamar lord Pompis introdujo un dedo en el bolsillo de su chaleco de seda y sacó tres miserios de cobre.

—Solo quiero que vayas un momentito al mercado de Uñas y Dientes. Toma, cómprate un pastel por el camino.

Ánade se quedó mirando las monedas, pero no las cogió.

—¿Dónde está el truco?

—Tan jovencita y tan cínica —se lamentó su abuelo—. No hay ningún truco, solamente tienes que ir hasta allí y volver...

Ánade lo interrumpió.

—Basta de argucias. Eso fue lo que dijiste cuando llegamos aquí. Dijiste que ibas a retirarte. ¡Lo prometiste!

—Y así lo haré, después de un último...

—Dijiste que ibas a sentar la cabeza aquí en Neuhalt, como la gente corriente.

El abuelo repitió esa palabra como si la escuchara por primera vez:

—¿Corriente? ¡Nosotros no somos corrientes, querida! Somos ese brillante cometa que surca los cielos, provocando que la gente inferior se quede boquiabierta con admiración.

—La gente no se queda boquiabierta con admiración —repuso Ánade—. Se queda boquiabierta porque te vas corriendo con sus anillos y sus broches. Y no quiero que sigas haciéndolo. Es como vivir en el borde de un precipicio sin saber nunca si nos vamos a caer por él.

—¡Por supuesto que no nos caeremos! He logrado sacarnos de toda clase de apuros en el pasado, ¿no es cierto? Hemos salido adelante gracias a mi astucia. ¿Por qué parar ahora?

—Porque ya estoy harta. Por favor, abuelo.

Lord Pompis se quedó mirándola. A sus pies, la estufa de gas siseaba suavemente.

—¿De verdad quieres que me retire?

—Sí.

—Entonces lo haré. —Dicho esto, se recostó en su asiento y entrelazó las manos sobre su voluminosa barriga.

Ánade achicó los ojos. El abuelo nunca se rendía tan fácilmente. ¿Qué estaría tramando?

—Entonces, ¿no hace falta que vaya a Uñas y Dientes?

—No, tendrás que ir de todos modos. Si voy a jubilar-me, necesitaremos dinero.

—Y lo tenemos. Tenemos dinero de sobra.

—No. Teníamos dinero de sobra, pero... —Lord Pompis extendió las manos—. Ya sabes cómo son estas cosas. Una partida de cartas entre amigos y... Te juro que el otro tipo hizo trampas. —Negó con la cabeza—. Yo también, por supuesto, pero eso no es motivo para que él lo haga.

Ánade sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿Has perdido nuestro dinero? ¿Todo?

—Cielos, no, jamás sería tan imprudente. Guardé suficiente para costearnos tres semanas de alquiler y algún que otro soborno.

—Jolín, abuelo. —Ánade se sentó de golpe sobre el mullido sofá—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Lord Pompis le dedicó una sonrisa.

—Tendremos que llevar a cabo una última argucia. —Observó detenidamente el rostro de su nieta y le dirigió un gesto de disculpa—. La idea me gusta tan poco como a ti, querida. Pero ¿qué otra opción nos queda?

Ánade sabía de sobra que no debía fiarse de ninguno de los gestos de su abuelo.

—¿Cómo de peligrosa es esa argucia?

—No plantea ningún peligro.

—¡Dime la verdad!

—Esa es la verdad. ¿Le mentaría a alguien que es carne de mi carne?

«Sí —pensó Ánade—, y a menudo».

—¿Vamos a tener que salir por piernas? —preguntó—. ¿Igual que nos pasó en Dicho?

—Calla, niña, no menciones ese ingrato lugar. Nosotros no somos de Dicho, venimos de..., eh..., de las Islas Ingrávidas, situadas al otro lado del mundo en dirección oeste. El gobernante de las Ingrávidas es mi..., uhm, pongamos que es mi primo segundo. —La silla de lord Pompis rechinó mientras su ocupante se inventaba una nueva historia sobre la marcha. La elegante cadena de oro que se extendía sobre su estómago y que estaba unida a un reloj de bolsillo relució bajo la luz de gas—. Y yo soy su embajador.

Volvió a sacar las monedas.

—En cuanto a lo de «salir por piernas»... Qué expresión tan fea. Nosotros no salimos por piernas, querida. Sencillamente, vamos unos cuantos pasos por delante de los problemas. Anda, ve a Uñas y Dientes y tráeme un muchacho.

Ánade suspiró para sus adentros y cogió las monedas. Podría ponerse a discutir, pero al final siempre acababa obedeciendo. Su abuelo era su única familia, y Ánade le debía la vida.

—¿De qué tipo?

—Fuerte. No muy avisado. Dile que le haremos un buen contrato, que lo protegeremos frente a los esclavistas y bla, bla, bla. Por cierto... —Lord Pompis miró a su alrededor con cautela, como si pudiera haber alguien escondido detrás del sofá—, asegúrate de que esté solo. Que no tenga a sus padres en la ciudad. Ni tías cariñosas que puedan montar un escándalo si le ocurriera algo.

—De modo que quieres a alguien prescindible —dijo Ánade.

—Bien expresado, querida. Has dado en el clavo. Sí, necesito un muchacho prescindible.

2

EL FINIQUITADOR CADETE



Collejo intentó aparentar calma mientras caminaba, como si aquel no fuera su primer día de trabajo. Pero, bajo su máscara de finiquitador, estaba temblando a causa del orgullo y los nervios.

«Ojalá mamá pudiera verme —pensó, mientras empuñaba su vara con punta de hierro—. Patrullando, con el mismísimo capitán general Rabio interesándose por mí. ¡Qué contenta se pondría!».

A su alrededor, Berren —la capital de Neuhalt— resonaba con el clamor propio de un gran río. Autobuses accionados por gas hacían resonar sus cláxones para proclamar su importancia. Carricoches y carretas de carniceros traqueteaban sobre los adoquines, retándose para ver quién llegaba primero hasta la siguiente esquina. Las campanas repicaban, los vendedores de periódicos voceaban, hombres y mujeres caminaban a paso ligero por las aceras, hablando a gritos.

Collejo llevaba casi tres semanas en Berren, pero aún no se había acostumbrado al ruido. Encogió los hombros para recolocarse la mochila en una posición más cómoda e intentó no perder la concentración.

—Observación y vigilancia —susurró—. Estar alerta, pero no alarmado. Los finiquitadores han llegado.

Pero por más atención que puso, no se fijó en la extraña espiral de piedrecitas que se cruzó en su camino. Estaba a punto de pisarla cuando el capitán Rabio lo agarró del brazo y tiró de él hacia atrás, gritando:

—¡Apártense! ¡Apártense! ¡Finiquitador en acto de servicio! ¡Apártense!

Los transeúntes reaccionaron de inmediato. Algunos de ellos se quedaron contemplando la escena desde una distancia prudencial, otros miraron para otro lado o se cruzaron rápidamente de acera.

El capitán Rabio apuntó con su vara hacia la espiral:

—Eso es un cepo, cadete. ¿Es que no aprendiste nada sobre cepos durante tu primera semana en la academia de finiquitadores?

Collejo sintió tanta morriña de su hogar durante su primera semana en la academia que se pasó todo el tiempo deprimido y sin enterarse de nada. Podrían haberle enseñado cien cosas esa semana y no recordaría noventa y nueve de ellas.

Pero sí se acordaba de la segunda semana, así que respondió:

—Nos enseñaron a observar, capitán general. A estar alerta, pero no alarmados. Y nos hicieron una demostración

con los artilugios de recolección y dispersión. Dijeron que el resto lo aprenderíamos sobre la marcha.

El capitán suspiró, haciendo tintinear la doble fila de medallas que llevaba en el pecho.

—No sé cómo pretenden que os enseñemos a los novatos y cumplamos con nuestro trabajo al mismo tiempo —murmuró—. En fin, qué le vamos a hacer.

Acercó su vara a la espiral y derribó los guijarros, desperdigándolos en todas direcciones. Después inspeccionó cuidadosamente el terreno y exclamó:

—¡Todo despejado! ¡Todo despejado, he dicho!

Los espectadores prorrumpieron en una ronda de aplausos, pero el capitán ya había reanudado la marcha por la acera, con la mirada clavada en el suelo. Cuando Collejo lo alcanzó, le gritó:

—¿Por qué he desperdigado los guijarros, cadete?

—Pues..., ¿para anular el hechizo? —aventuró Collejo.

—¿Hechizo?

El capitán Rabio levantó de golpe la cabeza, agarró a Collejo y lo sacó de la calle para conducirlo hasta un pequeño patio, donde el runrún incesante de la ciudad no resultaba tan estridente.

—¿Qué tiene esto que ver con la brujería? —inquirió—. Eso no te lo han enseñado en clase, ¿verdad?

—No, capitán general. Pero es que mi madre dice que...

—¿Tu madre? —El capitán Rabio se subió la máscara hasta la frente para ver mejor a Collejo—. Vienes del campo, ¿verdad?

—Sí, capitán general. De ochenta kilómetros al suroeste de Mugre. Y aún seguiría allí, pero los precios de la leche son tan bajos que...

—A ver, escúchame bien porque sé lo que me digo —le interrumpió el capitán—: la brujería no existe.

Collejo puso los ojos como platos.

—¿De veras? Pero es que mi madre dice que los fantasmas son...

—¡Cuida tu lenguaje, cadete! Los fantasmas tampoco existen.

Collejo pensó que no lo había oído bien. ¡Durante toda su vida había creído en los fantasmas! Y a veces le había parecido ver alguno por el rabillo del ojo...

—Los cepos no son fruto de la brujería, cadete —prosiguió el capitán Rabio—. Son un acto de sabotaje. Si alguien pisa un cepo, desaparece. Lo único que queda es su voz pidiendo ayuda, debilitándose más y más, a medida que pasan los días. —Se frotó la barbilla—. Pero en realidad no desaparecen. Eso sería imposible. Sospechamos que es una variante particularmente abominable del hipnotismo.

—Pero ¿quién haría algo así?

—Los saffes, por supuesto. Los nativos. Se cuelan en la ciudad por la noche, cuando los ciudadanos honrados están durmiendo, y aprovechan para tender sus cepos. Por eso estamos aquí, cadete. La Guardia Nacional se ocupa de los saboteadores, y los finiquitadores retiramos los cepos, los efluvios venenosos, las ranas, los árboles y todo lo demás.

El capitán Rabio hizo una pausa y miró a Collejo con los ojos entornados.

—Pero ya deberías saber todo eso, cadete. Un ciudadano leal lo sabría. Un ciudadano leal no creería en brujerías ni en fantasmas. Y tú eres un ciudadano leal, ¿verdad?

—¿Y-yo? —tartamudeó Collejo—. S-sí, claro, capitán general. Lo que pasa es que...

—Nada de excusas, cadete. —El capitán Rabio ondeó un dedo frente a la cara del muchacho—. Un finiquitador no necesita excusarse. Un finiquitador se mantiene firme, de los pies a la cabeza.

Collejo tragó saliva e hizo todo lo posible por aparentar firmeza. No es que no creyera lo que decía el capitán Rabio. Al fin y al cabo, ¿cómo podría equivocarse un hombre que tenía tantas medallas en el pecho?

Lo que pasa es que Collejo siempre había pensado que...

—¿Y q-qué pasa con la Fortaleza, capitán general? Si la brujería no existe...

—Más actos de sabotaje —repuso el capitán Rabio con brusquedad—. Los saffies están intentando minarnos la moral, pero la marquesa jamás se rendirá. ¡Jamás! —Se golpeó el pecho con la mano derecha y exclamó—: ¡Que los dioses bendigan el Trono Leal! ¡Que los dioses bendigan a la marquesa de Neuhalt!

Collejo se apresuró a imitarlo. Pero no fue lo bastante rápido a ojos del capitán.

—Aún no lo tengo claro, cadete —dijo con un tono amenazador—. ¿Eres leal? ¿O eres desleal?

Collejo sintió un escalofrío. Si algo había aprendido desde su llegada a la capital era que ser desleal era la peor opción posible. La gente desleal perdía su empleo. La gente desleal acababa en prisión. La gente desleal no podía enviar dinero a casa para salvar su granja.

—Soy leal, capitán general —alcanzó a decir—. Soy leal, no hay duda.

Después no volvió a abrir la boca, para no cometer más errores.

—Más te vale, cadete —dijo el capitán—, porque has empezado con mal pie. A partir de ahora, te estaré vigilando. Y muy de cerca.

3

NUESTRO VIEJO ENEMIGO



En las entrañas de la Fortaleza, en un cuartito secreto situado al final de una pequeña escalera secreta, una mujer abrió un libro muy antiguo y lo dejó apoyado sobre una mesa.

Cuando descubrió aquel libro, que estaba olvidado en un rincón, pensó que solo contenía historias para asustar a los niños desobedientes. Pero eso fue hasta que empezó a leerlo con más detenimiento.

Obviamente, esa mujer no creía en la brujería. Nadie creía en ella. Pero ¿y si...?

¿Y si había algo más? Algún noble sacramento que sus ancestros se hubieran traído desde la Vieja Patria. Algo antiguo e importante.

¿Y si se había topado con ello por casualidad?

¿Y si pudiera sacarle provecho?

Llevaba semanas planeando sus próximos pasos, reuniendo poco a poco todo lo necesario. Revisó lo que había

escrito en la página una última vez. Después, mientras recitaba el texto en voz alta, se sacó un alfiler del bolsillo y se lo clavó en el dedo.

En las vigas que se extendían sobre su cabeza apareció un halcón inmenso.

A la mujer le temblaron las manos. Hasta ese preciso momento, no había terminado de creérselo...

Se pinchó el dedo con un segundo alfiler. El halcón fijó sus ojos ambarinos sobre ella, como si lo hubiera despertado de un largo sueño y no le hubiera agradado.

La mujer cogió el tercer alfiler. Ese era el punto de no retorno; si utilizaba aquel alfiler, ya no podría echarse atrás.

Miró hacia la puerta. Si no utilizaba el alfiler, la vida en la Fortaleza seguiría su curso de siempre. El halcón desaparecería. No cambiaría nada.

—Pero las cosas tienen que cambiar —susurró—. ¡Es mi deber hacer que cambien!

Se clavó el tercer alfiler en el dedo. Después se guardó los tres alfileres dentro del dobladillo de la manga, donde nadie podría verlos.

El halcón profirió un chillido penetrante. Y en la cripta de la Fortaleza, donde descansaban los marqueses y marquesas por toda la eternidad, una pila concreta de huesos comenzó a agitarse...



La Bayam de Saaf —dama de los vientos y hechicera suprema— percibió el hechizo como si fuera una grieta formándose bajo sus pies.

Consternada, encogió los dedos de sus pies descalzos. Sus sueños la habían alertado de que se estaba gestando algo horrible. Por eso había abandonado la seguridad de la Muesca y había bajado renqueando por el risco, pese a que sus avejentados huesos le dolían a cada paso que daba y a que el Viento Negro la acechaba como un gatocioso hambriento.

—Aún no puedo morir —le dijo al Viento Negro, en el idioma de su pueblo—. Tengo una labor importante que cumplir.

El Viento Negro no respondió.

La Bayam se envolvió entre las sombras a medida que se abría camino por la ciudad de Berren. No creía que los esclavistas quisieran llevársela, ya que las ancianas no les interesaban. Pero eso no quería decir que estuviera a salvo. Si la veían, la encarcelarían por espía o sabotadora.

Así que nadie debía verla.

Se sumió aún más en la oscuridad, hasta que resultó imposible distinguirla de las demás sombras, y siguió adentrándose en la ciudad, aguzando el oído sin dejar de mirar al suelo.

Cuando llegó a cierto lugar que le resultaba conocido, levantó al fin la cabeza. Entonces la vio, erigiéndose sobre el extremo norte de la ciudad como si fuera un forúnculo: la Fortaleza.

A ojos de la Bayam —y de nadie más—, aquel inmenso castillo siempre estaba envuelto en una nube densa y oscura. Pero ahora daba la impresión de que esa nube se estaba disolviendo, siseando, como si alguien se hubiera dejado un cazo con agua demasiado tiempo al fuego. Se le aceleró el corazón.

—Mis sueños decían la verdad —susurró—. ¡Alguien en el interior de la Fortaleza está intentando despertar a nuestro viejo enemigo!

Aunque puede que «despertar» no fuera la palabra más apropiada.

«Levantar de entre los muertos» sería más preciso.

—Tengo que detenerlos —susurró—, antes de que destruyan...

Fue entonces cuando el Viento Negro comenzó a soplar. La Bayam tropezó y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡No! —exclamó—. Aún no, ¡no estoy preparada! ¡Me queda mucho por hacer!

Pero su maltrecho corazón estaba cada vez más debilitado, y sintió que el viento tiraba de su espíritu, en un intento por arrancarlo de su cuerpo.

—No debería haber venido —susurró—. Debería haberme quedado en la Muesca para legar el *raashk* y la bendición del viento a la siguiente Bayam.

Pero ¿a quién podría legárselo? Su hija estaba muerta, al igual que su nieta. Y hacía apenas dos lunas, su bisnieta había sido capturada por esclavistas y enviada a trabajar a las minas de sal de la marquesa. La Bayam se apoyó sobre la pared más cercana.

—Oh, Viento Negro —susurró—. Si muero ahora, ya no habrá una fiel Bayam. ¿Quién conocerá tu nombre? ¿Quién detendrá a nuestro viejo enemigo? Concédeme un puñado de tiempo. Dame hasta la próxima luna llena y llegaré hasta mi bisnieta, aunque se encuentre en las minas de sal.

El Viento Negro tiró de ella con más fuerza.

—Está bien. Concédeme entonces una pizca de tiempo. Regresaré a la Muesca y encontraré a otra chica. ¡Mejor tener una Bayam, aunque no descendiente mía, que no tenerla!

El Viento Negro le hincó los dedos en las costillas y se puso a silbar en sus oídos. A la Bayam le flaquearon las piernas. Su corazón se fue debilitando a cada aliento que tomaba.

Pero no podía morir. Aún no.

—Oh, Viento Negro, concédeme una migaja de tiempo —dijo, jadeando—. Encontraré a una niña aquí y después me iré contigo. ¡Por favor!

El Viento Negro titubeó. Finalmente, reculó un poco.

A la Bayam seguían temblándole las piernas, pero consiguió apartarse de la pared. Una migaja de tiempo no era mucho. Debía actuar rápido, antes de que el viento viniera de nuevo a buscarla.

Se agachó y examinó las relucientes sendas plateadas que solo ella podía ver. Necesitaba una niña que tuviera algo de sangre safi en sus venas. Una niña astuta, sagaz.

Pero por más que se afaná, no logró divisar a ninguna niña así. Las sendas le mostraron a un muchacho cuya ta-

tarabuela era saffí, aunque él no lo sabía. Le mostraron también a una niña que era tan astuta como una bruja. Pero con eso no bastaba. Necesitaba reunir ambas cosas en una misma niña.

Se enderezó y le dijo al Viento Negro:

—¿Podrías esperar un poco más? ¿Podrías concederme tiempo para encontrar a la niña adecuada?

El viento silbó su respuesta. El corazón de la anciana pegó un vuelco dentro de su pecho.

—¡Está bien! —exclamó la Bayam—. Me apañaré con lo que tengo.

Se volvió a agachar, envuelta en el crujido de sus avejentadas rodillas, y agarró dos de aquellas hebras plateadas.

—Primero debo asegurarme de que estos dos niños se conozcan...

En la ciudad de Berren ocurren cosas extrañas.
Desaparece gente, brotan árboles de la noche a la mañana,
pero nadie cree en la magia. Creer en ella sería un acto desleal.



El astuto lord Pompis y su nieta Ánade necesitan un muchacho prescindible, y Collejo, un chico de campo que ha llegado a la ciudad en busca de trabajo, encaja con esa descripción. Ánade no tiene reparos en introducirlo en las redes de su abuelo, siempre que lord Pompis cumpla la promesa de que esta será su última argucia.

Los tejemanejes de lord Pompis conducen a ambos niños al interior de la Fortaleza de Berren, donde el tiempo se ha detenido. Una vez allí, no tardarán en verse envueltos en una conspiración contra el heredero del Trono Leal.

Si quieren salvar al joven marqués, y ya de paso escapar de una muerte horrible, Ánade y Collejo deberán aprender a utilizar una magia en la que nadie cree.



Una nueva y emocionante historia de aventuras
ambientada en el maravilloso mundo
de la saga «Los guardianes».

1578557

ISBN 978-84-698-4870-8



9 788468 848708

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA